

CARTA ABIERTA A LOS ANIMALES

(y a los que no se creen
superiores a ellos)

Bestseller
en
Francia



Frédéric
LENOIR

Ariel

CARTA
ABIERTA
A LOS
ANIMALES

(y a los que no se creen
superiores a ellos)

Frédéric
LENOIR

Ariel

Título original: *Lettre ouverte aux animaux et a ceux qui les aiment*

1.ª edición: febrero de 2018

© 2017, Frédéric Lenoir

© Librairie Arthème Fayard, 2017

© 2018, de la traducción, Ana Herrera

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 2018: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2730-3

Depósito legal: B. 28.315 - 2017

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Contenido

Queridísimos animales (no humanos)	13
1. Cómo se convirtió el <i>Homo sapiens</i> en el dueño del mundo	21
2. De la domesticación a la explotación	29
3. Entonces, ¿no sois más que cosas?	47
4. ¿Somos tan distintos?	59
5. Nuestras singularidades	77
6. De la explotación a la protección	91
7. Más allá del debate del «especismo»	103
8. ¿Qué hacer?	119
9. Un combate para todos	137
10. Esos animales que nos hacen tanto bien	145
Para concluir	161
Agradecimientos	167
Bibliografía	169

1

Cómo se convirtió el *Homo sapiens* en el dueño del mundo

DESDE HACE MUCHO TIEMPO, el ser humano está convencido de ser el animal más evolucionado de la tierra. Hasta tal punto que ya ni siquiera se considera a sí mismo un animal: está el hombre por un lado y por otro los animales. Pero eso no siempre ha sido así. Hoy en día sabemos que nuestros orígenes son comunes con los de los grandes simios que pueblan la tierra: los chimpancés, los bonobos, los orangutanes, los gorilas. Hace varios millones de años, uno de nuestros antepasados comunes lejanos evolucionó de una manera diferente, dando nacimiento, en el seno de la familia de los grandes simios, al género *Homo*. Se llamó «australopiteco» («simio austral») a esa primera especie de humanos.

Apareció en África oriental, y después emigró hacia Europa y hacia Asia. Teniendo en cuenta la diversidad de esos medios naturales, el género humano se escindió en nuevas especies. Se bautizó como «neandertal» al humano de Europa y de Asia occidental, y como «*Homo erectus*» al que poblaba el Asia oriental. En el curso de los cientos de miles de años que siguieron, aparecieron otras especies de humanos distintas en diversos puntos de la tierra. Se cree que hace 100.000 años habitaban la tierra al menos seis especies distintas de humanos. ¿Cuáles eran las características comunes de esos humanos? Como los otros grandes simios, su cerebro estaba singularmente desarrollado, pero tenían además la particularidad de caminar sobre las dos extremidades posteriores. Esa postura erecta liberó las manos de los humanos y estas ganaron en destreza, lo que les permitió llevar a cabo tareas complejas, como la producción de herramientas sofisticadas. Los humanos también aprendieron a dominar el fuego, y obtuvieron de ello numerosas ventajas: protección contra los predadores, una fuente de calor o la cocción de los alimentos. El cambio alimenticio ligado a la cocción probablemente tuvo un impacto importante sobre su evolución fisiológica, y especialmente cerebral. Por fin, una última gran característica común: los niños humanos, debido a esa postura erecta, nacen prematuramente con respecto a

los vuestros, y por tanto necesitan un largo tiempo de protección y de educación para llegar a ser autónomos. Este hecho favorece el desarrollo de la socialización y de la cultura (transmisión de saberes), rasgos esenciales de la humanidad.

Hace varios cientos de miles de años apareció una nueva especie de humanos: los *Sapiens*. Estos cohabitaron con las demás especies humanas durante varios milenios, y después, hacia los 70.000 años antes de nuestra era, empezaron a conquistar la tierra, una conquista simultánea a la extinción de todas las demás especies humanas. Los especialistas siguen debatiendo acerca de si el *Homo sapiens* fue el culpable de una especie de genocidio sobre sus congéneres, dominándolos y exterminándolos unos tras otros, o bien si los asimiló mediante el mestizaje. El caso es que el *Sapiens* fue el que salió victorioso, y a partir de entonces, todos los humanos somos descendientes suyos.

¿Cuál es el secreto de su éxito? Sin duda no se debió a su potencia física, porque el hombre de Neandertal, por ejemplo, era mucho más robusto. Estaba más bien relacionado con la pujanza de su pensamiento. Los especialistas hablan de una «revolución cognitiva» para calificar el salto cualitativo que separa al *Sapiens* de

«

Debo combatir el dolor
de los otros porque
es dolor, como el mío.
Debo obrar en bien de
los otros porque son,
como yo, seres vivos.

»

Shantideva (sabio budista indio, siglo VIII d. J.C.)

las otras especies de homínidos. Efectivamente, en el espacio de algunas decenas de milenios, entre 70.000 y 20.000 antes de nuestra era, el *Homo sapiens* inventó una gran cantidad de herramientas complejas: los barcos, los arcos y las flechas, las agujas... pero produjo también objetos ornamentales, joyas y obras de arte (como las pinturas rupestres, de las cuales existen maravillosos ejemplos en España, como las de la cueva de Altamira, en Cantabria). Igualmente desarrolló prácticas religiosas, ligadas a unas creencias que ignoramos hoy en día, pero de las cuales hemos encontrado rastros arqueológicos a través de indicios de ritos mortuorios muy elaborados, o de objetos de culto.

Los antropólogos piensan que esta «revolución cognitiva» en gran medida está ligada al lenguaje propio del *Sapiens*, que permite asociar un número bastante limitado de sonidos para producir un número ilimitado de frases con sentidos diferentes.

Mientras vosotros, animales no humanos, tenéis un lenguaje que, muy a menudo, parece transmitir informaciones precisas (advertencia de un peligro, señal de reconocimiento o de afecto, señal de la presencia de alimentos), el lenguaje humano puede describir situaciones de una gran complejidad, cosa que favorece la conversación y la comunicación en el seno de un grupo

«

¡Dejemos de hacer
del hombre la medida
de todas las cosas!
¡Evaluemos las otras
especies por lo que son!
Estoy seguro de que
descubriremos así
numerosos pozos sin fondo,
algunos de los cuales
son todavía inimaginables
para nosotros.

»

Frans de Waal (etólogo neerlandés, nacido en 1948)

numeroso. Otra característica de nuestro lenguaje: la capacidad de nombrar cosas invisibles. Cuando evocamos a los espíritus, los dioses o el alma, los humanos hablamos de cosas inexistentes, o al menos invisibles.

Y esa creencia en esas cosas inmateriales tuvo un impacto decisivo en la evolución del *Sapiens*. El desarrollo del pensamiento mítico y religioso se encuentra en el fundamento mismo del nacimiento y el auge de todas las civilizaciones. El hecho de creer en una realidad invisible que las supera permite unir a los humanos. Toda creencia mítica o religiosa compartida crea un vínculo social. Favorece la cooperación entre miles de humanos que no se conocen personalmente, pero que pueden confiar los unos en los otros y vivir juntos sin violencia, al compartir creencias, prácticas y valores que de ahí se derivan. El pensamiento mítico-religioso permite también sacralizar la política, y dar al jefe supremo (ya se llame rey, emperador o faraón) una legitimidad que asegure la estabilidad del poder político y promueva la cohesión de pueblos muy diversos sometidos al mismo líder, cosa que ayudó a la creación de imperios. Pero el mismo efecto de producción imaginaria también puede engendrar cambios muy brutales de organización social y política: si el mito fundador de una sociedad humana varía, esta quedará trastornada de inmediato. Es el fenómeno que conoció Europa con la Ilustración y la

Revolución Francesa. Ese cambio solo fue posible porque el mito del progreso, la creencia en la razón y en la libertad de los individuos sustituyó al mito cristiano en la mayoría de los espíritus. El pensamiento simbólico permite tales cambios políticos y sociales, que no se producirían en el reino animal sin una profunda mutación genética. Como afirma el historiador Yuval Noah Harari en su apasionante obra *Sapiens*, «entre nosotros y los chimpancés, la verdadera diferencia reside en el pegamento mítico que une a grandes cantidades de individuos, familias y grupos. Este pegamento ha hecho de nosotros los amos de la creación».*

Me preguntarán: «¿Y no tendremos jamás la respuesta a esta pregunta legítima: qué pasó en el cerebro del *Sapiens* para que desarrollara tan rápidamente un lenguaje singular, un imaginario tan rico y un pensamiento simbólico, facilitando así la emergencia del arte o de la religión?»

* Yuval Noah Harari, *Sapiens: de animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*, trad. de Joandomènec Ros, Debate, Barcelona, 2015.